

LEVITSKY, STEVEN Y ZIBLATT, DANIEL. (2018). HOW DEMOCRACIES DIE. ESPAÑA: ARIEL.

“Nuestra época recuerda la de la decadencia griega: todo subsiste, pero nadie cree ya en las viejas formas. Han desaparecido los vínculos espirituales que las legitimaban, y toda la época se nos aparece tragicómica: trágica porque sombría, cómica porque aún subsiste”. Soren Kierkegaard.

¿Estaremos, los que pasamos hablando de democracia, preocupados por la desafección partidaria, obsesionados con la pulcritud de las elecciones, llamando a la participación política y esperanzados con la educación en valores cívicos, como el Juan Preciado de “Pedro Páramo”, ¿muertos ya sin habernos enterado de ello? Es, de hecho, lo que plantea Guy Hermet en “El invierno de la democracia. Auge y caída del gobierno del pueblo” (2007). Según él, estaríamos en una especie de transición, como la de finales del siglo XVIII y principios del XIX, en la que el viejo régimen está periclitado pero aún no es claro, no puede todavía dársele nombre, a lo que se está configurando en medio del polvazal de su desplome.

Sí, ya Manin (“Los principios del gobierno representativo”, 1995) y Sartori (“Homo Videns. La sociedad teledirigida”, 1998) nos habían advertido que, al final del siglo XX, ni la democracia ni la política eran ya lo que fueron. Que la primera era, ahora, “de audiencias” y que, paralelamente, la segunda se había mediatizado. Pero la cuestión que planteó Hermet (y que hoy muchos se plantean) es más grave. No se trataría de una evolución o mutación de la democracia, sino de su colapso. Pues bien, la obra que acá se reseña es optimista en cuanto dictamina que, después de todo, la democracia aún no está muerta, pero prudente en tanto nos advierte lo factible que es que ello ocurra y, sobre todo (este es su mérito) lo silencioso y “pacífico” que puede ser el proceso terminal.

El libro se llama “Cómo mueren las democracias”, de los científicos políticos de la Universidad de Harvard Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, publicado, en su versión original en inglés y traducido al castellano, en 2018. Una introducción y nueve capítulos en 335 páginas (primera edición, Editorial Ariel) que se reseñan a continuación.

La obra está presentada en formato de ensayo y no sigue el orden riguroso de un texto científico (de hecho, las referencias al “caso” están en todos los capítulos). Por ello, resulta mejor, para esta reseña, no seguir el orden de sus capítulos, sino uno más lógico-temático. Propongo el siguiente: el planteamiento de los autores puede sintetizarse en cinco máximas, de las cuales las tres primeras se postulan como generales, aplicables a cualquier democracia moderna, mientras que las otras dos son específicas, referidas particularmente al caso estadounidense: 1) La democracia se sostiene sobre la base, no solo de un diseño constitucional y del

respeto a la ley, sino también de la observancia de normas tácitas de conducta política. 2) El debilitamiento gradual y silencioso de estas, es la forma como hoy, mayoritariamente, mueren las democracias. 3) Los principales responsables de cultivar esas normas y de impedir el ascenso al poder de extremistas que las socaven, son las élites sociales. 4) En EEUU esas normas tácitas llevan años erosionándose. 5) A consecuencia de ello, en 2016 las élites sociales no impidieron el ascenso de Trump al poder.

En cuanto a la primera máxima, los autores refieren dos de esas normas: la tolerancia y la contención institucional. Es decir, el reconocimiento del otro como agente, con derecho legítimo a participar políticamente, competir siguiendo las reglas del juego democrático y concurrir en la decisión de los asuntos comunes, y la actitud de los políticos de ejercer con moderación sus prerrogativas institucionales, la medida de no llevarlas al límite bajo la inteligencia de que, a diferencia de un litigante en busca del mínimo portillo para ganar un juicio, el político deberá contar permanentemente y de diversas formas, según la posición que ocupe, con la disposición favorable de quienes coyunturalmente son sus oponentes.

Respecto de la segunda tesis, los autores emplean un cuestionable método que mezcla una especie de análisis comparado blando (esto es, sin la rigurosidad que este, el método por excelencia en ciencias políticas, exige), con el histórico. A pesar de que, obviamente, saben que analizan crisis democráticas de contextos muy diferentes, generalizan, a partir de esos casos, tres principios: el primero ya referido, el tercero que se describe en el siguiente párrafo, y este, segundo: que, aunque sigan ocurriendo golpes de Estado, hoy los enemigos de la democracia utilizan principalmente sus mismas instituciones para, sobre el cadáver de las normas tácitas, de manera gradual, sutil e incluso legal, conculcarla.

La tercera tesis es central en la obra y orbita en torno a la metáfora del “guardarraíl”. Aunque en democracia es el pueblo quien elige a sus gobernantes, para los autores esa garantía de que la sociedad se mantenga en la senda de la democracia no reside en los ciudadanos sino en las élites, particularmente en las autoridades partidarias y en los medios de prensa. Esas élites tienen el deber de seguir las normas tácitas del sistema y de bloquear a los extremistas que pretendan acceder al poder. ¿Y esos quiénes son? Los autores aportan cuatro indicadores para identificar su comportamiento autoritario: el rechazo, en palabras o en acción, de las reglas del juego democrático; la negación de la legitimidad de los opositores políticos; la tolerancia a, o el fomento de, la violencia política; y la voluntad de restringir las libertades civiles de los opositores, incluidos los medios de comunicación.

En relación con la cuarta afirmación, cabe leerla como una aplicación a la historia de los EEUU de las tres primeras. Para probar la erosión de las normas tácitas

utilizan argumentos cuantitativos, como por ejemplo en lo relativo a los casos de filibusterismo legislativo. Pero ¿a qué la atribuyen? A un factor sociopolítico y a un factor de régimen electoral, ambos con efectos sobre el sistema de partidos.

El primero tiene que ver con la incapacidad de ese país de asumirse multirracial. Tras la cruenta guerra civil norteamericana, las élites de ambos partidos habrían pactado, en 1877, la tolerancia a un régimen de *apartheid* en el sur del país, dominado por los demócratas. La institucionalización del racismo como factor estabilizador. Había, así, un ala profundamente conservadora y racista en el Partido Demócrata y una liberal en el Republicano, que tendían puentes entre uno y otro y facilitaban su convivencia al frente de las instituciones. Las conquistas de derechos civiles y políticos para la población negra a mediados de los años sesenta del siglo XX, principalmente bajo liderazgo demócrata, tuvieron un efecto polarizador de realineación partidista. Gradualmente el sur de los Estados Unidos se hizo republicano, a la vez que las minorías empezaron a alinearse progresivamente con el Partido Demócrata. La parte no blanca del voto demócrata aumentó del 7% en la década de 1950 al 44% ciento en 2012. Los votantes republicanos, en contraste, todavía eran casi el 90% de blancos en la década de 2000. Estos últimos no solo están más cohesionados en un partido sino que además perciben, con razón, que “el país se les va de las manos”: en la década de 1950, los cristianos blancos casados eran la mayoría abrumadora, casi el 80%, de los votantes estadounidenses, divididos más o menos equitativamente entre los dos partidos. En la década del 2000, los cristianos blancos casados constituían apenas el 40% del electorado y estaban concentrados en el Partido Republicano. Ahora los dos partidos están divididos sobre los clivajes de raza y religión (elemento no desarrollado aquí pero sí analizado en el libro), dos temas profundamente polarizantes que tienden a generar mayor intolerancia y hostilidad que los problemas políticos tradicionales, como los impuestos y el gasto gubernamental. Por eso ahora es más difícil que los estadounidenses se toleren entre sí.

El elemento de régimen electoral alude al cambio del sistema de elección. A las estructuras de los partidos se les dificultó más bloquear a los extremistas debido a la adopción de un sistema de primarias presidenciales. A partir de 1972, se dejó atrás la forma elitista y opaca de selección intrapartidaria y la gran mayoría de los delegados a las convenciones demócrata y republicana empezaron a ser elegidos en elecciones primarias y en asambleas estatales. Ello, combinado con el auge de las redes sociales (que minaron el rol de cribado de los medios de prensa de referencia), desencadenó dinámicas políticas que incentivaban a que ambos partidos prestaran cada vez mayor atención a sus bases ideológicas más duras, polarizando el sistema de partidos, en detrimento de la medida y el consenso interpartidario. Un proceso que ha sido más intenso en el Partido Republicano.

Por último, el quinto punto. Toda la obra, las cuatro ideas centrales reseñadas, parecieran tener aquí su razón de ser: explicar cómo fue posible que EEUU acabara eligiendo presidente a alguien como Trump. Hubo aspirantes similares al poder en el pasado. No lo lograron. Trump sí, por lo explicado en el libro. Él no es la causa independiente de la erosión de las normas democráticas, sino el efecto de problemas más profundos. No se trata de un demagogo solitario que salió de la nada por un accidente del sistema. Es el resultado de un proceso de polarización y de relajación de las normas tácitas de la democracia por aquellos llamados a ser sus defensores. Porque los extremistas logran acceder al poder solo gracias a un trato faustiano con sectores de las élites que calculan, de forma incauta, que los podrán domeñar en función de sus intereses. En lugar de vetarlos, anteponiendo la preservación del sistema, sus normas, ideales y valores, los respaldan con el objetivo de obtener un beneficio político de corto plazo.

Ziblatt y Levitsky reconocen en el trabajo del español Juan Linz buena parte de la inspiración de su obra. Pienso que, sin saberlo, siguen a otro pensador español: declinación de funciones de las élites, ascenso al poder del hombre-masa y “exceso” de democracia, todas advertencias de Ortega y Gasset en “La rebelión de las masas”, de 1930, contantes y centrales en la obra que se reseña. Ahora bien, extrapolar esas conclusiones e incluso hacer predicciones sobre la base de analogías históricas, es lo propio del intelectual, del creador de pensamiento y sentido, no del cientista político, creador de conocimiento. Eso no le quita valor al libro, pero hay que tenerlo en cuenta.

Gustavo Román Jacobo

tavoroman@hotmail.com

Costarricense. Asesor Político del Tribunal Supremo de Elecciones
de la República de Costa Rica